


ESPIDO FREIRE

LA
HISTORIA
DE LA
MUJER
EN 100
OBJETOS

con ilustraciones de
PAOLA GRANDE
©MISS_LITTLEBIG

la esfera  de los libros

Índice

Prólogo	11
1. La pelvis de Lucy (3,2 millones de años a. C.)	15
2. Las pinturas rupestres (71000 a. C.)	19
3. El sílex de las parteras (40000 a. C.)	23
4. El cerrojo del corral (10000 a. C.)	27
5. La argolla de la esclava (3000 a. C.)	31
6. La túnica de seda de la emperatriz Xi Lingshi (2600 a. C.)	35
7. El cántaro de agua (2350 a. C.)	39
8. Las agujas de calcetar (2000 a. C.)	42
9. La receta de cocina (1750 a. C.)	46
10. La llave del harén (1491 a. C.)	50
11. El espejo (1447 a. C.)	54
12. La sombrilla y el autobronceador (1000 a. C.)	58
13. Los planos de la ciudad perfecta de Semíramis (800 a. C.)	62
14. La caja de Pandora (700 a. C.)	66

15.	La estrofa sáfica o el amor de las mujeres (600 a. C.) ...	70
16.	Los seis granos de Perséfone (600 a. C.)	74
17.	La corona de laurel (600 a. C.)	78
18.	La mortaja de Penélope (600 a. C.)	82
19.	El hilo de Ariadna (600 a. C.)	86
20.	La cabellera de Berenice (244 a. C.)	90
21.	El ajuar (200 a. C.)	94
22.	Tiaras, coronas y diademas (200 a. C.)	98
23.	El pecho cortado de las amazonas (200 a. C.)	102
24.	El canon de belleza (200 a. C.)	106
25.	La sentencia por violación (200 a. C.)	110
26.	Las prendas de luto (tradicón grecorromana)	114
27.	La dote (derecho romano)	118
28.	El vasito de licor (tradicón romana)	122
29.	La barba de Cleopatra (40-30 a. C.)	126
30.	Las imágenes de las mártires (persecución romana, siglos I-III)	130
31.	El manto de la Virgen (inicios del cristianismo)	134
32.	La cuchilla de la ablación (inicios desconocidos)	138
33.	La guía de viajes de Egeria (siglo IV)	142
34.	La taza de té (dinastía Tang, 618 hasta 907)	146
35.	Las momias vikingas de los pantanos (siglo X)	150
36.	Las vendas de los pies chinos (desde el 960)	154
37.	La caperuza roja (1020)	158
38.	El tenedor y la cuchara (siglo XI)	162
39.	El taparrabos (época precolombina)	166
40.	El cinturón de castidad (siglo XII)	170
41.	El listado de mujeres de la Ciudad de las Damas (1364)	173
42.	La sábana de la noche de bodas (1370)	177
43.	La espada de Juana de Arco (1412-1431)	181
44.	El gato de las brujas (1487)	185

45.	La manta de porteo (1492)	189
46.	El corsé (siglo XVI, Italia)	193
47.	La perla Peregrina (siglo XVI)	197
48.	La jícara de chocolate (siglo XVI)	201
49.	Las voces milagrosas (siglo XVI)	205
50.	La mantilla de encaje (siglo XVI)	209
51.	El búcaro de barro (Siglo de Oro)	213
52.	El librito del lenguaje de las flores (siglo XVII)	216
53.	El Taj Mahal (1631 en adelante)	220
54.	El ramo de camelias (1735)	224
55.	La inseminación artificial (1785)	228
56.	El uso de los pseudónimos (siglos XVIII-XIX)	232
57.	Los diarios personales (siglos XVIII-XIX)	236
58.	El zapatito de cristal (siglos XVIII-XIX)	240
59.	Las lápidas y su cuidado (siglos XVIII-XIX)	244
60.	La novela sentimental (finales del siglo XVIII y siglo XIX)	248
61.	<i>La chemise à la reine</i> (finales del siglo XVIII)	252
62.	El zapato de tacón (finales del siglo XVIII)	255
63.	La lejía (1785)	259
64.	La vacuna de la viruela (1796)	263
65.	El agua corriente, la luz y la calefacción central (1804) ...	267
66.	El manual de las maestras (1805)	271
67.	El monstruo de Frankenstein (1819)	275
68.	El concepto de computación de Ada Lovelace (1815-1852)	279
69.	Las escaleras de incendios (1860)	283
70.	El voto femenino (1776-1869...)	287
71.	La leche de fórmula (1867)	291
72.	Los pantalones femeninos (1804-1876 / 1820-1893) ...	295
73.	El envasado al vacío (1873)	299
74.	El bote salvavidas (1882)	303

75.	El tablero de Anne Sullivan y la máquina de abrazos de Temple Grandin (1866-1936)	307
76.	El lavavajillas y la nevera (1886-1914)	311
77.	El bolso de mano de Nellie Bly (1889)	315
78.	El vibrador (década de 1880)	319
79.	El álbum femenino (1800-1950)	323
80.	El pequeño electrodoméstico (1890)	327
81.	El radio y el polonio (1898)	331
82.	El sombrero y las Sinsombrero (1900)	335
83.	El burka y el bikini (1901)	339
84.	El vestido negro (1910)	343
85.	La ecografía (1917)	346
86.	La anestesia epidural (1921)	350
87.	El tampón (1937)	354
88.	El autorretrato de Frida Kahlo (1907-1954)	358
89.	La primera edición de <i>Una habitación propia</i> (1929)	362
90.	El bluetooth y la wifi (1941)	366
91.	Los pañales desechables (1946)	370
92.	La píldora anticonceptiva (1951)	374
93.	El ADN (1951)	378
94.	El Rouge (1953)	382
95.	El títex (1956)	386
96.	La Barbie (1959)	390
97.	Los implantes de silicona (1962)	394
98.	La fregona (1964)	398
99.	El cuchillo de Lorena Bobbitt (1993)	402
100.	La presencia y la ausencia	406
	Agradecimientos	411
	Notas	413
	Bibliografía general	433

Prólogo

Como toda mi generación, yo estudié historia como una sucesión de hechos ordenados de manera cronológica, con etapas oscuras y menos relevantes, dadas de manera superficial frente a otras que acaparaban gran parte de la atención. El temario repartía las épocas históricas en diversos cursos, y eso provocaba que algunos siglos se estudiaran hasta el aburrimiento, mientras que la historia contemporánea se interrumpía, de manera misteriosa e irrevocable, tras la Primera Guerra Mundial.

En esa narración, las mujeres, que yo buscaba de manera incansable, emergían en escasas ocasiones; cuatro o cinco reinas, con un enfoque más moderno, liberado de los estereotipos que arrastraban desde siglos atrás, y alguna escritora o inventora, siempre las mismas. El punto de vista eurocéntrico resultaba incuestionable. Solo en los últimos años se hacía hincapié en las dinámicas de la propia historia, en las relaciones de causa-efecto. Muchos de los estudiantes que abandonaron los estudios de historia en la adolescencia la recuerdan como una asignatura monótona que premiaba la memorización de fechas, nombres, lugares y conclusiones, una materia que no enten-

dían porque nada había que comprender. La historia, con su peso pétreo, se imponía a sí misma.

A mí, en cambio, me apasionaba la historia desde niña, los qués y los porqués del pasado; mi intuición me decía que no se encontraba tan cerrada ni era tan inamovible como estudiábamos. Aprovechaba los huecos que nuestra formación dejaba para encontrarme con la ficción, y de las novelas o películas regresaba de nuevo a los hechos. Encontré, con los años, que me interesaba mucho más la historia cotidiana que la institucional, y que las mujeres, al igual que las minorías, se encontraban en unos márgenes cada vez más anchos, más evidentes, que debían incorporarse de una u otra manera.

La herencia histórica de las mujeres resulta tan rica, tan diversa y aún hoy día tan desconocida que rebosa la manera convencional de contarla: yo misma la he abordado con biografías, libros de viajes, álbumes ilustrados, conferencias, programas de radio o artículos. Al igual que las mujeres han encontrado huecos para sobrevivir o imponerse, para escribir o pintar, para llegar a los estudios o al poder, para que el dolor disminuyera o el trabajo resultara más liviano, es preciso que la historia que las estudia recurra a miradas y a formatos nuevos, y que sea tan flexible como ellas lo fueron.

En 2010 la BBC y el Museo Británico lanzaron un programa radiofónico revolucionario, una apuesta nueva por la divulgación de la historia: en un programa diario de unos quince minutos Neil MacGregor, director del museo, abordaba la importancia de un objeto de cualquier época y explicaba la relevancia que había tenido en la historia. Esa *History of the World in 100 Objects* no solo gozó de un éxito sin precedentes, sino que dio origen a un libro¹ y a una exposición, para desembocar en un recurso educativo permanente a través de la web *teachinghistory100.org*.

El modelo resultaba tan sencillo, tan versátil y aceptaba tantas adaptaciones que rápidamente se convirtió en una metodología de estudio y, sobre todo, en una manera de que la mirada del experto y

del público reparara en momentos y en costumbres que hasta entonces no formaban parte de la historia oficial, de la Historia con mayúsculas. La historia de los objetos se ha convertido desde entonces en una forma de estudio más concreta y palpable, y accesible a quienes poseen conocimientos históricos muy superficiales.

Ese es el espíritu que anima este libro: el que, por un momento, por cien momentos, descubramos, a través de los objetos que nos guían, datos, circunstancias y hechos que no conocíamos, que tuvieron a las mujeres como protagonistas o como destinatarias, y que nos permitirán acercarnos a la historia femenina desde una perspectiva distinta.

Resulta imposible resumir la historia de las mujeres en solo 100 objetos; casi tan difícil como que no se cuelen algunos objetos paradigmáticos y obvios. Mi propuesta ofrece una mirada necesariamente parcial e incompleta, pero confío en que quien me lea sepa ampliarla con la suya propia, que se cuestione cuál sería su propia lista y sus prioridades para confeccionarla; yo, de acuerdo con mis propias preocupaciones e intereses, he incluido algunas pruebas de la enorme astucia de nuestras antepasadas para aliviar el esfuerzo productivo, las respuestas que buscaron en una sociedad que consideraba la higiene y la salud de las mujeres como una prioridad menor; me he centrado en la importancia que tuvo y tiene la belleza y el atuendo, y en la manera constante en la que se han silenciado la presencia, los inventos y los logros femeninos.

He rescatado muchos nombres de mujer que se encontraban detrás de algunos de los objetos cotidianos que uso y que disfruto; he aprendido sobre las tareas que llevaban a cabo sin cesar durante siglos, como parte de su deber de mujeres fuertes, virtuosas o aceptadas, sin reconocimiento y sin espacio en la narración épica y masculina. Me he indignado ante la mala suerte que algunas de ellas corrieron, y he disfrutado al comprobar la creatividad y el ingenio de muchas, la aplastante lógica de las soluciones a los problemas que los

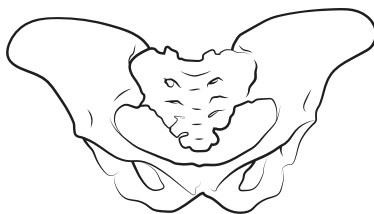
hombres ni siquiera detectaban, porque resultaban invisibles para ellos.

Algunos de los objetos de mi listado difícilmente pueden ser considerados como tales. ¿Es la wifi un objeto? ¿Qué ocurre con el saber oral, o con las prácticas transmitidas de las parteras, o las recetas? ¿Hasta qué punto las polémicas de la ciudad de las mujeres o las voces que asediaban a algunas de las creadoras más geniales pueden resumirse y reducirse en un objeto? El de las mujeres ha sido un universo condenado a lo temporal, al silencio y a acciones que se repiten eternamente para deshacerse a las pocas horas. Un mundo tras los muros de una casa, centrado en determinadas habitaciones, con acceso restringido al conocimiento, los materiales o el movimiento. Un terreno condicionado por el cuerpo femenino, sus cambios y sus procesos, los tabúes y la completa invisibilidad de muchos de ellos. Un universo grandioso condenado, siempre que se ha podido, a empequeñecerse.

La datación de algunos apartados resulta ambigua o, al menos, confusa. Muchos objetos surgen a la vez en diversos lugares, o no son de sobra conocidos en áreas cuando se atribuye su descubrimiento en otras. Cuando he podido fijarla, lo he hecho. En muchas ocasiones la leyenda oscurece la historia, pero explica su importancia de manera brillante. Queda ahora en manos de quien lea este libro el completar el listado. Quienes vengan tras nuestros pasos se beneficiarán de una mirada más libre, más abierta y plural, más justa y por todo ello más interesante.

1

La pelvis de Lucy



La noche del 24 de noviembre de 1974 el equipo de paleontólogos americanos y franceses que Don Johanson y Tom Gray dirigían en Etiopía, en la región de Afar, a unos ciento cincuenta y nueve kilómetros de la capital Adís Abeba, celebraban un descubrimiento excepcional: esa mañana, en el yacimiento, Johanson había hallado un trocito del hueso de un codo, y a continuación pedazos de cráneo, un trozo de mandíbula y dos vértebras que rápidamente identificó como partes de un homínido de más de tres millones de años de antigüedad.

Con el tiempo sabrían que no solo era el esqueleto de homínido más antiguo que se había encontrado, sino también el más completo, con casi un 40 por ciento del total conservado. Lo clasificarían también como un *Australopithecus afarensis*, y se convertiría en uno de los fósiles humanos más famosos del mundo. Pero esa noche, mientras especulaban sobre los fragmentos, aún no sabían nada de eso; solo que, por el tamaño de los huesos, era probable que el esqueleto fuera de mujer. Johanson puso un casete de los Beatles, y mientras escuchaban «Lucy in the Sky with Diamonds» alguien sugirió,

medio en broma, medio en serio, que la llamaran Lucy, en lugar de su aséptica numeración científica, AL-288-1. Johanson ha contado esa anécdota infinidad de veces: «De repente, al tener un nombre, se convirtió en una persona».

Durante los años siguientes muchos otros restos de esa época aparecieron en esa zona, entonces húmeda, fértil y especialmente rica en animales. Parte de la pelvis de Lucy certificó la intuición inicial, que se trataba de una mujer, y esa misma pelvis, y el fémur corto pero en ángulo hacia la rodilla la erigieron como una de las bípedas más antiguas. Las huellas de homínidos y animales que se encontraron en Laetoli, fósiles sobre ceniza volcánica, servirían como molde de ese mismo paso erguido.²

Lucy se convirtió pronto en una celebridad y se le dio el mismo trato que a toda mujer famosa: ¿cuál era su dieta? ¿Qué aspecto tenía? ¿Cuáles eran sus medidas? ¿Murió joven? ¿Cómo? Se supo gracias a la dentición, que su dieta era vegetariana, aunque no desdeñaría la carroña, y podría emplear herramientas. Se dedujo su talla, en torno a 1,10 metros; su aspecto, peludo y simiesco, y su preferencia por trepar a los árboles que, probablemente, le costó la vida en torno a los veinte años.

A partir de las tomografías tridimensionales que se tomaron de los huesos de Lucy en 2007, cuando el esqueleto abandonó el Museo Nacional de Etiopía para una serie de exposiciones en Estados Unidos, el antropólogo John Kappelman, de la Universidad de Texas, enunció una teoría: en 2016 afirmó en la revista *Nature* que Lucy cayó desde unos diez metros de alto, quizás de un árbol, del nido que allí tuviera, y que se fracturó los brazos intentando amortiguar la caída.³ La teoría de Kappelman, aunque cuestionada, no ha sido rebatida.

Aún restaban otras dudas: ¿tuvo hijos? ¿Procedíamos todos, de manera lineal, de esa pelvis rota y antiquísima? ¿Era la «abuela de la humanidad»? Lucy apareció en un momento perfecto para la paleoantropología; no solo se estaban haciendo grandes descubri-

mientos documentados, sino que los científicos que los encabezaban entendieron la importancia de la buena comunicación, a veces partiendo de tópicos. Y así, a través del epíteto de «madre» o «abuela», Lucy sirvió para explicar que más que con un árbol genético, la evolución de los homínidos se describe como un zarzal de ramas largas y pocas hojas. Esos homínidos son casi todos parientes, pero parientes lejanos, de nosotros, los *Homo sapiens*, la única superviviente de las veinte o veinticinco especies que han existido. Los más inteligentes, los más poderosos y los más destructivos. Allí, en la ramita de los *Australopithecus afarensis*, se encuentra Lucy.

Y muy lejos de ella, mucho más tarde, se encuentra el Cráneo 5, o AT 700, un *Homo heidelbergensis* encontrado en 1992 en la Sima de los Huesos de Atapuerca, Burgos, por el equipo liderado por Juan Luis Arsuaga. Apareció el último día de excavación de ese verano, pero el estado de conservación y que fuera un cráneo completo lo convertía en un hito tan único que, en diciembre de ese año, *Nature* ya recogía el caso. Aquel verano del noventa y dos el ciclista Miguel Induráin —Miguelón— ganaba el Giro de Italia y el Tour de Francia, y en homenaje a él y con una cierta retransca el Cráneo 5 recibió ese nombre.^{4 5}

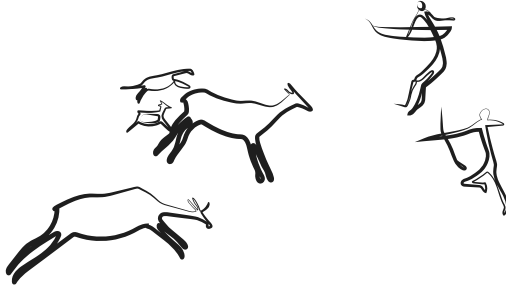
Sin embargo, como solo se conserva el cráneo, algunos dientes y unas pocas vértebras, no se puede concluir que Miguelón fuera hombre o mujer. Los individuos del *Homo heidelbergensis* eran altos y pesados, de en torno a 1,80 metros de altura y hasta cien kilos, pero los de Miguelón se cuentan entre los huesos más pequeños de la sima. Sabemos que vivió hasta los treinta y cinco años, que su muerte pudo deberse a una infección dental, a una agresión humana o quizás a un ataque de un oso *Ursus deningeri*,⁶ que era diestro y que vivió hace unos 430.000 años, pero al carecer de ADN fósil o de huesos que delaten el dimorfismo sexual no sabemos su sexo.

Por defecto, la tradición en los descubrimientos históricos y arqueológicos dicta que si los restos no presentan evidencias claras

de que sean femeninos se asume su masculinidad. A Miguelón se le muestra como un varón alto, musculoso, peludo. La francesa Elisabeth Daynes, considerada la mejor paleoartista del mundo, dotó de rostro tanto a Lucy como a Miguelón. Recrea facciones y rasgos siguiendo las indicaciones de los paleontólogos con todo el rigor del que en esos momentos se dispone. Si en algún momento los datos avalan que el Cráneo 5 fuera femenino, sería interesante comprobar la mutación de ese rostro, y del relato que lo rodea, cómo cambiarían las preguntas que le hacemos y las expectativas que despierta, cómo varían las suposiciones que damos por sentadas ante una pelvis inequívocamente de mujer.

2

Las pinturas rupestres



Comenzaron a pintarse hace unos 73.000 años, y se encuentran en todas las áreas del mundo habitadas, en relieve, esquemáticas, monocromáticas o a todo color. Algunas de las más relevantes aparecen en España: y de estas, las más representativas, las de la cueva de Altamira, en Santander, Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO por su relevancia y su belleza, fueron descubiertas por una niña.

La cueva la había encontrado Modesto Cubillas en 1868 mientras cazaba, cuando uno de sus perros desapareció por una grieta. Cubillas se lo contó a su patrón, Marcelino Sanz de Sautuola, aficionado a los descubrimientos científicos, que, convencido de que la cueva había estado habitada por seres humanos, cerró la entrada con una puerta de hierro e informó de su hallazgo al catedrático de geología de la Universidad de Madrid, Juan Vilanova.

En 1879, espoleado tras haber visto restos parecidos a los suyos en la Exposición Universal de París, volvió a Altamira con su hijita María, de ocho años. Mientras él excavaba en la entrada de la cueva, la nena, con un candil, curioseaba por allí y encontró una cavidad cuyas paredes estaban cubiertas por imágenes de animales.

—¡Mira, papá, hay bueyes pintados! —dijo la niña.

No eran bueyes, sino bisontes, jabalíes, ciervos y caballos ejecutados con tal detalle y mimo que no cabía duda de que se encontraban ante un descubrimiento esencial. La primera reacción internacional cuando en 1880 Sanz de Sautuola publicó el trabajo *Breves apuntes sobre algunos objetos prehistóricos* fue de desprecio y burla. En la época la disputa entre creacionistas y evolucionistas rozaba su punto álgido y la idea de que unos seres simiescos pudieran producir arte resultaba grotesca para muchos. Por otro lado, los investigadores franceses desecharon la teoría de Sautuola y le acusaron de una falsificación pergeñada con Juan Vilanova, hasta que, a principios del siglo xx, sus propias cuevas, como la de Les Combarelles, fueron descubiertas. Desde entonces, lentamente, se rehabilitó la figura del español y, tiempo más tarde, el papel de María Sanz de Sautuola en todo ello.

Durante las siguientes décadas la escasa presencia de mujeres en los equipos de investigación generó y perpetuó una serie de clichés sobre la evolución humana: pioneras como Encarnación Cabré, la primera arqueóloga española, cuya carrera se truncó tras la Guerra Civil española, suponían una excepción. El reparto tradicional de roles de género se aplicó sin demasiados cambios a las mujeres de la prehistoria, cuya función se redujo al cuidado de los hijos y la recolección de alimentos. Sin embargo, muchas de esas hipótesis han sido desmentidas no solo por los nuevos datos, sino también por una interpretación distinta, en muchos casos realizada por arqueólogas, de los hallazgos ya existentes.⁷

Marga Sánchez Romero, de la Universidad de Granada, asegura que la división sexual del trabajo es una construcción cultural y no biológica, y que dado que cada sociedad la construye de manera diferente resulta un error crear un estereotipo según el cual toda mujer del pasado se comportó de la misma manera. Las mujeres prehistóricas han sido usadas desde el presente para justificar visiones contem-

poráneas.⁸ Los ricos ajuares encontrados en tumbas tanto de hombres como de mujeres permiten dudar de una desigualdad de género, si bien parece confirmar la de clase.

En esta línea, uno de los hallazgos más deslumbrantes vino de la mano del arqueólogo Dean Snow, de la Universidad de Pensilvania, que en 2012 comenzó a inventariar y comparar las huellas de manos en las cuevas con pinturas rupestres de España y Francia.

No sabemos por qué los humanos que vivieron hace 12.000 años querían dejar su mano impresa en las paredes de una cueva, pero sí cómo lo hacían, y la técnica era sencilla: mezclaban los pigmentos de pintura en la boca, con la saliva, y los escupían sobre su mano abierta apoyada contra la roca. Snow comparó la longitud de los dedos y el tamaño de la mano, y el resultado fue que el 75 por ciento de aquellas huellas pertenecían a mujeres. También había niños. A la espera de que el estudio sea revisado por pares, la reflexión evidente se disparó. Condicionados desde décadas por la creencia de que las escenas de caza procedían necesariamente de varones, ¿cómo podía haberse pasado por alto la posibilidad de que las mujeres podían y sin duda habían sido artistas?

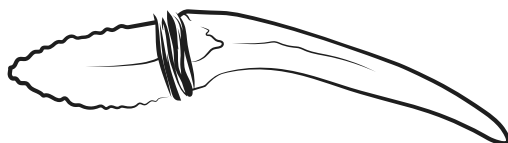
Desde Altamira a las cuevas de Borneo, las mujeres prehistóricas se alzaban de pronto no como meras musas o figuras pasivas, sino como pruebas de que desconocemos gran parte de su papel real en aquellas sociedades, y de que quizás la teoría darwinista de la supervivencia del más apto no fuera totalmente acertada. Las poblaciones prehistóricas, más allá de la caza y la pesca, precisaban de cuidados, y necesitaban la solidaridad. Buscaban el arte y la belleza.⁹

Ya en 1996 Leroy McDermott y Catherine Hodge McCoid, de la Universidad Central de Missouri, escribieron un artículo en el que comparaban las misteriosas figurillas de las llamadas Venus prehistóricas con fotografías de mujeres actuales que miraran su cuerpo desde arriba, con sus propios ojos.¹⁰ Los resultados fueron espectaculares: los brazos desaparecían, los pechos y la barriga se distorsiona-

ban. Si prescindíamos de la mirada ajena e incorporábamos a una artista que se mirara a sí misma, todo encajaba.¹¹ Estos avances en la interpretación son una de las razones por las que cada vez resultan más esenciales los equipos de trabajo mixtos e interdisciplinarios, que aporten distintas experiencias y conocimientos.¹² Y su labor en la desmitificación de las actividades exclusivamente masculinas o femeninas, que han sido la base de gran parte del discurso histórico, está abriendo unas posibilidades mucho más interesantes y mejor ajustadas a la realidad.

3

El sílex de las parteras



*H*aec ars viros dedecet. «Este arte no es apropiado para los hombres», denunció gravemente Rodrigo de Castro, cardenal y miembro del Consejo de la Inquisición española, en 1594, y con eso resumió miles de años de historia obstétrica pasada y sentenció varios siglos de la futura. Tampoco es que don Rodrigo arriesgara demasiado: a lo largo de 40.000 años de historia, en cualquier época y cultura eran las mujeres las que ayudaban a otras mujeres en el parto, elaboraban métodos para atenuar el dolor y se ocupaban del bebé en sus primeras horas.

Puede que durante el Paleolítico la mujer pariera sola, o casi, con el consiguiente altísimo riesgo de muerte suya y del recién nacido, pero desde el Neolítico aparecen representaciones de parto asistido. La pertenencia a grupos mayores y el sedentarismo favorecería que los cuidados fueran mayores y mejores, y el conocimiento intuitivo comenzaba a sistematizarse y a transmitirse: las parteras, comadronas o comadres se convirtieron en figuras especializadas y con un rol social propio. Además de para otros usos, los cuchillos de sílex descubiertos servían para cortar el cordón umbilical y fueron una de las primeras herramientas de las parteras.¹³

La primera cita que alude a una partera la encontramos en el Génesis; si bien fue escrito mucho después, su origen oral se remonta al 1700 a. C. Raquel, la esposa de Jacob, tras un parto durísimo en el que una partera la anima muy al estilo de la época («¡No temas; tienes otro varón!»), da a luz a Benjamín y muere inmediatamente después. Encontramos también la descripción de un parto gemelar, y cómo se decidía en ellos la primogenitura, y más adelante sabemos cómo las parteras egipcias desafiaron la orden del faraón de matar a los niños varones judíos mintiendo descaradamente al gran señor.

Cierto que en Egipto las comadronas gozaban de gran respeto por su estatus profesional, lo que les permitió estudiar su oficio y crear manuales como el papiro de Ebers (1550 a. C.), en el que se abordan desde los anticonceptivos hasta la conveniencia de las sillas de parir. No hay hombres en las pinturas de los partos de las egipcias; los médicos solo se ocupaban de extraer los fetos tras un mal parto o un aborto. Es decir, eran de mal agüero. Para todo lo demás, el espacio lo dominaban las mujeres.¹⁴

Esa misma consideración la heredaron las *maiai* griegas: la madre de Sócrates, Fenáreta, fue comadrona, y si su hijo llamó a su método mayéutica (el arte de ayudar en el parto del conocimiento) fue por algo. Curiosamente, Hipócrates, tan acertado en otros casos, patinó completamente cuando hablaba de obstetricia: no solo parece que no había asistido a un parto en su vida, sino que tampoco había visto muchas mujeres. Roma continuó en esa misma línea: las *obstetrices* acompañaban a la parturienta en ese ámbito de lo doméstico que le estaba vedado al hombre. Hasta tal punto se daba eso que se cree que Sorano de Efeso, el «padre de la obstetricia» (siglo II d. C.) posiblemente plagiera gran parte de su manual para comadronas *De morbis mulierum* de los escritos de otras mujeres.¹⁵

Pocos cambios se suceden hasta llegar a la Alta Edad Media, cuando se establece la relación entre la comadrona, la sexualidad y el pecado que la sitúa en la periferia de la sociedad. La partera comienza

a asociarse a la conocedora de pociones y a la alcahueta que entra en las casas y tiene trato directo con las mujeres: el *Libro del buen amor* de Juan Ruiz, Arcipreste de Hita (siglo XIV), alude ya a Trotaconventos como una partera vendecosméticos, que alcanzaría su cima en la figura literaria de *La Celestina* (1499), dibujada como una bruja manipuladora que encuentra la muerte en pago a sus maldades.

En las cazas de brujas y las denuncias a la Inquisición que asolaron Europa durante siglos, muchas de las mujeres torturadas, quemadas o detenidas eran, sobre todo, parteras. Conocían remedios para el dolor, suministraban abortivos o anticonceptivos, elaboraban tratamientos y muy posiblemente introdujeran también oraciones, invocaciones o sortilegios. Los rituales y la superstición se entremezclaban con otros conocimientos empíricos.

Será en el siglo XVI cuando se produzca el gran enfrentamiento entre médicos y matronas. Aunque perdurará el tabú de los hombres en la habitación de la parturienta, el acceso a los manuales impresos en lenguas romances allanará el camino, primero a los barberos y cirujanos y luego a los médicos, a un oficio que hasta entonces se transmitía más por la práctica y por la experiencia que por la teoría. Se generaliza el uso del fórceps, en un principio solo manejado por hombres: las manos de las parteras son sustituidas por una herramienta metálica y las matronas piden ayuda legal para constituirse como colegio.

Para el siglo XVIII la lucha la han perdido las matronas: las reinas comienzan a solicitar que los cirujanos las atiendan en los partos, y las clases altas las imitan. La complicidad con otra mujer, los consejos dados tras vivir un parto en carne propia, la manera de aplacar los nervios de una primeriza... dejaban paso a la confianza en la ciencia y el principio de autoridad del médico.

Las parteras quedan como opción para las mujeres pobres o procedentes de áreas rurales; aun así, como estas son la mayoría, resisten. Muchos médicos no ofrecían garantías de un mejor parto. En

1846, en Viena, Ignaz Semmelweis descubre la causa por la que un 10 por ciento de las mujeres que acudían a dar a luz en la maternidad morían de fiebres puerperales: a diferencia de las matronas, los médicos no se lavaban las manos entre enfermos o incluso tras diseccionar cadáveres, e impone la norma de lavarse con hipoclorito.

Conscientes de sus pocos conocimientos médicos, las parteras exigen formación. En 1857, la Ley Moyano creará el título de partera o matrona en España, que llevará a la apertura de escuelas y a la normalización de los estudios.¹⁶ En 1980 un real decreto permitirá que los hombres puedan, por primera vez, ser matronas. «Especialista en enfermería obstétrico-ginecológica» es la definición actual.

En los últimos años la excesiva medicalización del parto y la deshumanización que muchas mujeres han sentido al dar a luz han provocado una reacción contraria, en cierta medida conservadora. Se dan menos partos y el riesgo de muerte para la madre y el bebé ha disminuido drásticamente, con lo que la actitud hacia ese trance ha cambiado. La búsqueda, a veces peligrosa, de una mayor intimidad en un acto cada vez menos privado ha revalorizado la figura de la partera: diversas plataformas denuncian el exceso de prácticas como las episiotomías, los partos inducidos o las cesáreas programadas que tratan a la mujer como un objeto pasivo en su propio parto. La demanda de parir en casa, en el agua o en un entorno no medicalizado ha aumentado, no exenta de críticas por los riesgos que se asumen en un momento crucial de la vida de dos seres humanos o por figuras con una baja especialización.¹⁷ Las parteras, independientemente del método elegido, se encontrarán allí para recibir al recién nacido entre sus manos, como llevan haciendo desde hace 40.000 años.